

# LA RATETA QUE ESCOMBRAVA L'ESCALETA

Había una vez una ratita que cada día barría la escalera y un día se encontró un dinerito.

-Oh, Qué suerte que he tenido! Y qué podría hacer? Si me compro dulces se me caerán las dientecitos... Y si me compro un lazo para el rabillo? Sí, sí, me compraré un lacito bien bonito para ponérmelo en la colita!

Y así lo hizo.

Fue a casa la señora Coneja y se estuvo mirando muchos lacitos. Al final, se decidió por un lazo de satén de color rosa.

-Sí, este sí que me gusta! Seré la envidia del barrio, seguro que todo el mundo me mirará – pensaba la rata-. Uy, no me la envuelva que me la llevo puesto!

Se puso a la puerta de su casa para lucir el lazo. Y entonces pasó el señor Pato por delante suyo. Al verla tan hermosa, le dijo:

-Ay, Ratita, Ratita, tú que eres tan bonita, no te quieres casar conmigo, yo que soy tan buen mozo?

-No Lo sé. A ver qué voz haces?

-Guac, Guaca, Guaco!

-Uy, qué feo. No te quiero para marido.

También pasó el señor Gallo con las plumas erizadas que le dijo:

-Ratita, Ratita, tú que eres tan bonita, no te quieres casar conmigo, yo que soy tan buen mozo?

-Ay no lo sé. A ver qué voz haces?

-Qui qui riquic!

-Uy, No, qué alboroto. No te quiero para marido.

Y el señor Gallo se fue con la cabeza baja. Después, pasó el señor Perro, que también fue rechazado por la Ratita.

Al cabo de un rato pasó el señor Asno que al ver la Ratita tan bonita no se pudo evitar decirle:

-Rateta, Ratita, tú que eres tan bonita, no te quieres casar conmigo, yo que soy tan buen mozo?

Y la Ratita, haciéndose rogar le dijo:

-Ay No lo sé, a ver qué voz haces?

-Ihà, Iha!

-Ay que salvaje, no, no me gustó!

Cuando la Ratita ya empezaba a pensar que nunca encontraría a nadie que le hiciera el peso, pasó el señor Gato por su lado que le dijo:

-Miau, Ratita, tú que eres tan bonita, no te quieres casar conmigo, yo que soy tan buen mozo?

Y la Ratita, haciéndose la estrecha:

-Ay, No lo sé. A ver qué voz haces?

-Miau, Miau!

-Sí, contigo sí me quiero casar!

-Miau, meau!

Y así lo hicieron. Pronto se casaron e invitaron a todos.

Ese día, mientras decían a la Ratita: «Ten cuidado con este gato!», Otros le advertían.

«Vigila que, cuando estés despistada, no te pegue bocado!» La Ratita reía por lo bajo para que sólo ella y su marido sabían el secreto: aquel gato era vegetariano, no comía ratas!

Y he aquí un gato y he aquí una rata que este cuento se ha acabado.